

# Palabras guarras





**A**gotado hace tiempo el filón de las películas musicales para jovencitos como *Fama* o *Grease*, el género derivó en una fórmula muy rentable: adolescentes de instituto cuya única preocupación es “hacerlo” por primera vez. Películas como *Algo pasa con Mary* o la taquillera *Tarta americana* han creado escuela. El asunto es más o menos el mismo, el mismo, a las quinceañeras les urge perder “aquello” antes de la graduación, y a ellos, muy machitos, estrenarse. Jenny se resiste con el argumento de que no está preparada, a él, en cambio, macho alfa en ciernes, le va la vida como jefe de la pandilla. Los demás son comparsas. Estos americanitos en la edad del pavo no tienen problemas logísticos, y menos de espacio, porque siempre hay unos padres que han ido a pasar el sábado fuera y dejan libre el chalé, con la nevera llena. Acá en España, en otra época, todo era imposible. En un poema burlón Ángel González hacía un inventario de lugares propicios para el amor que el invierno eliminaba: portales orientados al norte, orillas de los ríos, bancos públicos...

Las películas recientes para quinceañeros no aportan ninguna novedad escénica ni visual, pero sí una sonora: el lenguaje soez. Chicos

A medida que crecen los disfemismos y las palabras soeces en el habla de los adolescentes, disminuye en los aseos de los institutos la literatura

y chicas no sólo llaman a las cosas por su nombre vulgar, sino que emplean adrede una retórica muy guarra. A medida que tiran de la cadena de las palabras sucias y escatológicas disminuye la pulsión grafitera en los retretes de los institutos. Hay menos letreros y dibujos.

Los géneros eran variados, insultos, eslóganes, reflexiones metafísicas, pareados con las palabras *mea* y *menea*. Es una tradición que se pierde. El historiador Jerry Toner recogió en *Mundo antiguo* chistes procaces, dibujos, mensajes y cotilleros en paredes de Pompeya, Roma y otros lugares. Había anuncios comerciales, de propaganda política

«Quío, que te duelan las almorranas más que nunca»,

«Ampliatius Pedania es un ladrón»

«Floronio, soldado muy bien dotado de la Séptima Legión, estuvo aquí. Las mujeres no lo sabían.»

«Como, hijo de Equicia, gran invertido y mamón, es un piernabierto.»

Andrea Blanqué compiló grafitis de baños de mujeres en bares, liceos, facultades, hospitales, estaciones y parques de Montevideo, y con ese material publicó el libro *Antología del Retrete* (1991), con perlas como esta: «hermano, ojalá nunca tengas en el culo lo que tienes en la mano.»

Todos los idiomas tienen un fondo léxico muy rico referido al sexo, pero secreto y prohibido. García Márquez destaca que en el Ecuador hay 105 palabras para nombrar el atributo viril. Aquí, menos pudorosos que los cholos

ecuatorianos, podríamos decir doscientas. *El diccionario de uso del español* de don Manuel Seco incluye todas esas palabras obscenas que, vistas con ojos de filólogo, prueban la formidable capacidad metafórica del pueblo. La mejor literatura española, desde *La Celestina* a *La Lozana andaluza* y desde *El Quijote* hasta Cela, ha recogido los tacos y las expresiones sucias, pero con gracia y oportunidad. En cambio estos jovencitos de película americana no es que digan palabras soeces, es que no saben hablar de otra manera. Hoy mismo leo en el periódico que por allá andan alarmados: tres de cuatro estudiantes de 16 años no son capaz de escribir un texto correctamente. Ojo, lo que pasa en Minesotta tarde o temprano llega aquí.

Pues sí, la imagen X llegó a la pantalla antes que la palabra guarra. En las películas españolas de finales de los setenta, el afán de libertad y la falta de talento llevaba a los actores a fumar muchos canutos y soltar un taco tras otro. Incluso para hacer ver que una mujer era feminista se la obligaba a decir cada dos por tres ¡mierda! y ¡joder, tío!, como el parvulito que vuelve del cole y le suelta de sopetón a la abuela: teta, caca, culo. Gran hazaña: el mocoso ha roto el tabú, ha nombrado lo innombrable. ¡Es un provocador, un rebelde! El psicoanálisis sostiene que decir “palabras feas” tiene un efecto liberador, y la siquiatria argentina Ariel Arango afirma en un libro muy sesudo y sexudo que las palabras obscenas se relacionan con el tabú del incesto. «Liberando el lenguaje, liberamos el alma», concluye. ¿Qué alma liberan los mozalbetes malhablados

de las películas? ¿Hablan así porque son sinceros, desinhibidos, rebeldes? ¿O es que su vocabulario no da para más, o sea, tía, ¿sabes? Hartos de ver en la pantalla toda suerte de malabarismos sexuales hasta las trompas de Falopio, parece que las palabras sucias excitan mucho, son como la viagra del deseo.



Pero esto no sólo ocurre en las comedias de quinceañeros. En la película de Kubrick que ahora se exhibe en los cines, **Nicole Kidman**, una señora bien de Manhattan, no tiene pelos en la lengua. Termina con una palabrota testamentaria dicha a la cámara: ifollar!

Hasta 1905 no documenta el sabio Joan Corominas la moderna acepción del verbo *follar* con el sentido de ‘copular’. Su significado histórico era ‘soplar con el fuelle’, ese instrumento para avivar el fuego, y se relaciona con el antiguo *folgar*, del lat. <*follicare*, moderno *holgar*, verbo muy romancero. Su acepción básica es ‘divertirse’.

—*Levantaos, Albaniña,  
de vuestro dulce folgar.*

Pero *folgar*, estar ocioso, es también ‘tener ayuntamiento carnal’, una forma divertida de holganza.

Rey que no face justicia  
non debía de reinar,  
ni comen `pan a manteles  
ni con la reina folgar.

El citado diccionario de Seco, cuyos dos tomos suman 1664 páginas de letra liliputiense, incluye el rico repertorio de derivados de follar, acreditados por relevantes plumas: follador, follamenta (Marsé), follada (V. Montalbán), follable (Berlanga), follación (García Pavón).

Hasta 1905 *follar* era 'soplar con el fuelle'. En esa fecha documenta Corominas su uso como 'practicar el coito'. El verbo se relaciona con el antiguo *folgar* > *holgar* (lat. < *follicare*), 'divertirse' y 'tener ayuntamiento carnal'.

Se ha superado el tabú lingüístico de lo sexual, pero crece, en cambio, el lenguaje políticamente correcto, lo que me parece una hipocresía mayor. En fin, no sé si el habla guarra de los mozalbetes americanos es realismo sucio, truco comercial o es que los guionistas han visto el vídeo Clintom con el puro en la boca y la bragueta abierta diciéndole cositas lindas a la voraz becaria.

